

# SILENCIOS



Santiago Vásconez

Ilustración de Miguel Ángel Verdugo

## Silencios

Santiago Vásconez

Ilustraciones: Miguel Ángel Verdugo

Coordinación general: Leonor Bravo

Edición y corrección de estilo: María Eugenia Delgado

Diseño y diagramación: Santiago Vásconez

© Girándula, Asociación Ecuatoriana del Libro Infantil y Juvenil, IBBY Ecuador, 2026

Girándula es una organización sin fines de lucro que agrupa a escritores, ilustradores, editoriales, librerías y demás personas e instituciones involucradas en la producción y difusión de la literatura para niños y jóvenes del país.

@girandulaecuador  
@maratondelcuento  
www.maratondelcuento.com  
096 221 0303  
girandula2013@gmail.com



Todas las voces susurran que el bosque ha sido invadido por un monstruo tenebroso. Algunos dicen que es diminuto como un gusano y que se arrastra por el lodo sin preocuparse por las manchas de barro en su pelaje. Otros dicen que puede ser enorme, como un elefante, y que avanza lento y pesado, derrumbando árboles sin miedo, sin titubear, sin pedirle permiso a nada ni a nadie.

Quienes lo han visto de cerca afirman que en la punta de sus manos tiene un látigo brillante y afilado con el que corta todo de un solo tajo. No importa

si es hierba, madera o carne, basta con que lo sacuda de arriba abajo para partir en pedazos a su presa.

Sus pezuñas son duras, ruidosas y pesadas. Totalmente insensibles al tacto, pues no le importa si pisa tierra, agua o piedras. Parece que no siente nada cuando aplasta las flores o rompe el delicado orden de la vida.

Este monstruo es extraño. Este monstruo es ruidoso. Este monstruo es apesotoso. Su pelaje es brillante y lanza haces de luz desde la frente. Este monstruo no sabe esconderse como los monstruos de debajo de la cama. No se camufla, como los ogros en medio del bosque. No disimula su hedor para pasar desapercibido, como lo hacen los monstruos del lodo. No, nada de eso.



A su paso, todo se impregna con el horripilante olor de su presencia, un tufo profundo que sabe a aceite, a humo, a metal hirviendo, y que ahoga por semanas el aroma delicado de la tierra mojada, del musgo que nace a la madrugada y de las orquídeas que florecen bajo la lluvia.

Ni siquiera disfraza su voz para que no lo escuchemos. Todo lo contrario: grita, bufa y rompe la armonía de la vida con su presencia. Lo más espeluznante son sus látigos brillantes, que emiten un chillido aterrador mientras desgarran la telaraña de silencio que protege la vida. Desgarra el silencio. Desgarra la telaraña. Desgarra la vida.



Este monstruo no quiere esconderse, no quiere camuflarse, no quiere disimular. Ni siquiera lo intenta. Parecería que quiere que todos sepamos de su existencia, que todos sepamos dónde está y qué está haciendo, que todos sepamos a quién está lastimando.

El monstruo sabe que le tenemos miedo, y parece que eso lo hace más

fuerte. Quienes han tenido la desgracia de toparse con él cuentan que entra en medio del bosque y atraviesa la espesa neblina con la que intentamos protegernos, rompiéndola con su ruido, sus luces, sus látigos y sus pezuñas. No le importa nada, lo destruye todo y avanza con determinación, sin mirar atrás, arriba, abajo o a los lados.





Cuando por casualidad nos descubre, se detiene, se asombra, abre los ojos como lunas amenazantes y se acerca despacio, pero con firmeza. Luego nos atrapa, nos devora, nos mete en cajas de metal brillante, iguales a su látigo afilado, y nos lleva hacia su guarida. Nos



saca del bosque y nunca nadie vuelve a saber de nosotros.

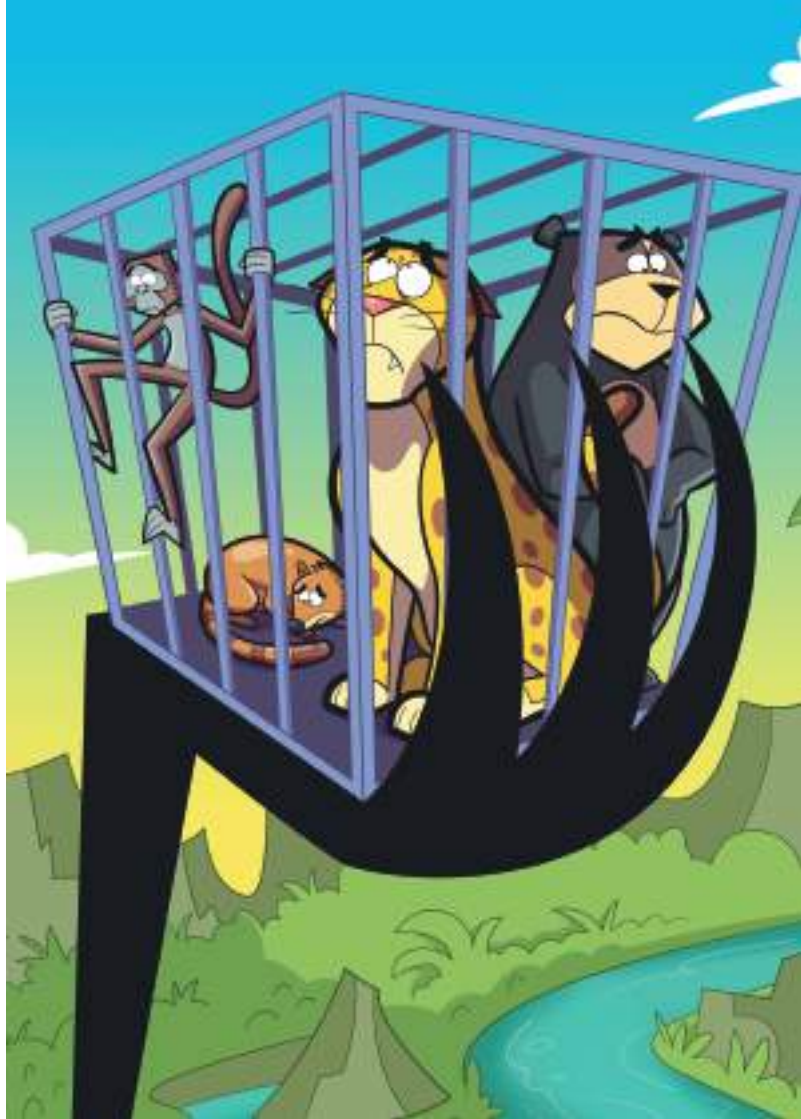
Lo último que vemos antes de que la caja de metal se cierre sobre nosotros es el cielo, un pedazo de cielo azul y sereno que, por primera vez, nos parece ajeno y frío. Luego, la criatura reanuda su marcha y el estruendo de sus pezuñas sobre la tierra nos taladra los oídos. El hedor de aceite y humo se vuelve insoportable, y en ese momento todos sabemos que esa vida ya no volverá a ser vida.

Con el paso del tiempo, el monstruo ha ido devorando más y más de nuestro bosque. Se ha llevado la carne de nuestros árboles más antiguos. Los pobres abuelos no supieron defenderse y

terminaron cayendo en medio de un silencio ensordecedor que nos enmudeció a todos.

Nadie dijo nada cuando las piedras sagradas fueron destruidas y saqueadas. Callamos cuando el monstruo hundió en la tierra sus gigantescas estacas de metal como si fueran alfileres perforando un cubo de mantequilla. Ahora, agujeros enormes rompen el manto sagrado del follaje construido por cada uno de nosotros durante años.

Las montañas hoy se desangran, lloran y vierten su vida en líquidos negros, viscosos y amargos, que el monstruo recoge y devora con ansias. No sé qué está buscando. La sangre



de nuestra vida parece ser para él un dulce especial, un tesoro que usurpa y se lleva sin autorización, sin permiso, sin remordimiento, sin vergüenza, sin pena y nos deja sin vida.



Este monstruo que ha invadido el bosque se aprovecha de nuestro silencio para llevarse todo de nosotros. Nuestro silencio sigue siendo un escondite perfecto para su horrendo trabajo. Nuestro silencio sigue encubriendo su presencia. Nuestro silencio parece ser el aval que necesita para seguir haciendo lo que hace.

Ojalá pronto alguien pueda levantar la voz.





Girándula

ASOCIACIÓN ECUATORIANA  
DEL LIBRO INFANTIL Y JUVENIL

# XIX MARATÓN DEL CUENTO

QUITO UNA CIUDAD  
QUE LEE



GLOBAL GREENGRANTS FUND



Quito renace.



Quito  
GOBIERNO AUTÓNOMO

OEI

CRISFE



Diners Club



CÁMARA  
ECUATORIANA  
DEL LIBRO